

ANTONIO LÓPEZ EIRE: EL MÁGICO PODER DE UN DIÁLOGO ABIERTO

*κοινὰ τὰ τῶν φίλων*

Las líneas que siguen son las que un hijo jamás querría escribir a un padre, por más que este trance deba ser asumido como natural en la condición humana. Pero el propósito de estas páginas no es componer un elogio ni escribir una semblanza de la egregia figura de Antonio López Eire. Sus discípulos estamos demasiado cerca y somos demasiado imperfectos como para acometer esta labor con la objetividad y la hondura intelectual necesaria. Sin embargo, todo discípulo tiene la obligación moral de continuar la labor inacabada del maestro, aunque en nuestro caso hayamos de reconocer, en términos aristotélicos, que el efecto no guarda proporción alguna con la causa. Recordar a Antonio y manifestar públicamente el deseo de continuar su labor es lo poco que podemos hacer con las palabras que siguen.

Antonio se fue sin despedirse (en nuestro caso su despedida fue un “hasta el lunes” que quedó truncado aquel funesto domingo). La sensación que a algunos nos embarga no es la ausencia, porque todavía no nos hemos hecho a la idea de que se ha ido. Es ese extraño silencio de la palabra escrita, lo único que nos queda de él a quienes disfrutábamos de su conversación casi a diario. Cuánta razón tenía al afirmar que un mensaje lingüístico es incompleto cuando está cerrado, cuando no existe un “tú” al que las palabras emitidas por el “yo” vayan dirigidas. He ahí el extraño desasosiego de quienes seguimos encontrando sus cosas, leyendo sus textos, guardando sus mensajes de correo, trabajando en sus proyectos de investigación, dirigiendo su amada asociación Logo... Son todas ellas empresas que

nos vemos obligados a continuar sin él, sin su palabra alentadora, sin su consejo, sin ese liderazgo de quien sabía estar sin estar, dirigir sin dirigir, guiar sin restar un ápice de independencia, de libertad.

Lo que nos queda de Antonio es un tesoro de valor incalculable: infinidad de textos, proyectos y líneas de investigación abiertas, por mencionar tan sólo algunos ejemplos. Pero lo más valioso de todo es lo que no ha quedado escrito, la voz que resuena en las mentes de quienes hemos compartido el privilegio de su cercanía, de su amistad incluso. Él nos ha enseñado que la palabra se transforma infinidad de veces desde que sale de la boca del hablante hasta que toma sentido en el oyente, e incluso más, puesto que ésta no concluye su viaje sino regresando de nuevo al primero en forma de diálogo, de respuesta viva alimentada por las emociones; es así un juego en el que hablante y oyente no son más que maneras de denominar a las múltiples voces que profieren un mensaje y a los múltiples oídos que escuchan la palabra; todos y cada uno de ellos no poseen más intención -ni menos- que la de dotarla de un sentido. No es un sentido “final” sino vivo, inacabado, imperfecto, hermoso porque cada actor interviene en el proceso con un papel protagonista y reinterpreta la palabra para modificarla y revivificarla.

Como todos nosotros, Antonio era a días platónico y a días aristotélico. A veces se enamoraba de la meliflua y poética voz de Platón y, en ocasiones, se dejaba arrastrar por la incisiva precisión de las definiciones de Aristóteles. Pero de ambos estimaba el valor del lenguaje como palabra viva, como diálogo abierto que era tanto más hermoso cuanto más se prolongaba en el tiempo, se enriquecía con nuevas ideas, se adornaba con palabras más y más dulces, se llenaba de emociones persuasivas. En eso consistía el *mágico poder de la palabra*, expresión con la que muchos le recuerdan y que tiene su origen en un congreso que tuvimos el placer de organizar con él, juntos, hace unos cuantos años. Su legado, pues, consiste en infinidad de diálogos que quedaron abiertos, que están aún por terminar, que todos y cada uno de los que le queremos estamos obligados a mantener vivos con nuestro trabajo y su recuerdo.

Lo más valioso de la labor de Antonio es que se trata de una obra imperfecta en el sentido etimológico del término, una labor incompleta que mantiene esa frescura propia de todo lo que goza de la plenitud de la vida. Como una obra de teatro, que tiene que ser interpretada *cada vez* para que pueda vivir, las traducciones de Antonio, sus ensayos, sus ideas, necesitan seguir siendo leídas, reinterpretadas, proseguidas por quienes estábamos a su lado y teníamos en cierto sentido una responsabilidad delegada por él sobre algunas de las cuestiones en las que trabajábamos juntos. No es sólo una figura retórica, pues, la afirmación de que sigue vivo en todos y cada uno de nosotros, desde el momento en que seguimos dialogando con esas palabras suyas que siguen esperando nuestra interlocución.

Si tuviéramos que destacar un rasgo de la personalidad de Antonio por encima de todos los demás, acaso el término griego *philia* sería el más adecuado para definir esa suerte de amor o amistad que depositaba en todo lo que hacía, desde un trabajo que cultivaba con devoción hasta su amadísima familia, pasando por todas aquellas personas que estábamos cerca de él y a quienes nos honraba con llamarnos, precisamente y por encima de todo, amigos. En esto Antonio también era absolutamente coherente con su ideario intelectual según el cual todos los logros de la cultura humana estaban íntima e indisolublemente ligados a la palabra, y ésta, a la amistad.

El hombre, como afirmara Aristóteles y tantas veces nos explicara Antonio en muchos ensayos, es un animal político-social por naturaleza. Añade el estagirita que además de ser social y político, el ser humano está dotado de lenguaje, de palabra. Pero nuestro amado helenista va más allá (si es que Aristóteles no estaba de acuerdo con él también en esto) al afirmar que hombre no es sólo un animal político-social que *además* está dotado de lenguaje, sino que es político-social precisamente *porque* posee lenguaje. La palabra es la esencia de la sociabilidad humana como lo es de la poesía, del ritual, del mito, de la cultura, de la Filosofía...

Pero más aún, la transmisión del lenguaje, como el origen de la sociedad misma, requiere de la amistad como condición indispen-

sable para existir. La *amistad* que subyace a la politicidad natural del hombre reside en el sentimiento que impulsa a los seres humanos a unirse para vivir, no de cualquier manera, sino con el propósito de alcanzar una vida buena, feliz y autosuficiente, imposible sin ese instinto primario de unión fraternal. Por otra parte, la necesidad de la amistad para que el lenguaje se manifieste se oculta en ese principio que los modernos llaman *relevancia*, una suerte de solidaridad que hace que el oyente perciba su significado y recodifique el sentido de los sonidos proferidos por el interlocutor añadiéndole la intencionalidad que siente en el hablante y la suya propia. Sólo así el lenguaje tiene sentido, porque la palabra es, en efecto, amistad.

Tardaremos años en ser plenamente conscientes de cuál es la auténtica magnitud del legado de Antonio López Eire desde el punto de vista científico e intelectual. Quienes estábamos cerca de él sabemos que ha dejado un gran número de obras parcialmente escritas, cientos de ideas en algún cajón o en los oídos de alguna de las innumerables personas que departían con él, e incluso cuadernos de trabajo en los que anotaba muchas más reflexiones de las que ni tan siquiera alguien tan prolífico como él era capaz de producir porque sólo la mente de Antonio era más veloz que su pluma.

De entre ese inconmensurable legado, sin embargo, sobresalen con mucho dos cosas de las que ha hablado y escrito durante toda su vida y, lo que es más importante, que ha cultivado y practicado sin descanso siempre. Su voz resuena todavía entre las paredes de la Universidad de Salamanca porque son palabra viva, porque ese sonido ha quedado impregnado en sus aulas, sus docentes y estudiantes, con ese fijador natural que es la *philia*. Las palabras de Antonio siguen encontrando el eco de su voz en todos y cada uno de nosotros, que podemos seguir dialogando con él gracias a ese sacrosanto don de la amistad. Ahora sus palabras son las nuestras, porque no podemos conformarnos con una palabra escrita que, como Platón muy bien mostró en el maravilloso mito de Theuth y Thamus del *Fedro*, aunque parezca estar viva, si la interpelamos nos responde una y otra

vez con la misma voz, nos responde con el más altivo de los silencios.

Como decían los griegos y tú te encargaste de enseñarnos, *las cosas comunes son para los amigos*. Así pues, gracias, Antonio, por tus palabras. Gracias, Antonio, maestro, por tu amistad.

κοινὰ τὰ τῶν φίλων.

*Antonio Miguel Seoane Pardo  
Valentina Zangrado*